

Domingo 11 de noviembre

Por primera vez en toda la semana clareó el cielo. Los mortecinos rayos del sol de noviembre se abrieron paso entre las nubes y los espectadores del hipódromo de Visby volvieron sus rostros anhelantes hacia la luz solar. Era el último día de competición de la temporada y en el aire flotaba el optimismo, mezclado con algún viso de nostalgia. Un público aterido, pero entusiasta, se había concentrado en las gradas. Bebían cerveza o café caliente en tazas de plástico, comían perritos calientes y hacían sus anotaciones en el programa de las carreras.

Henry Dahlström, *el Flash*, sacó su petaca y dio un buen trago al aguardiente casero. Hizo un gesto de desagrado, pero el brebaje le hizo entrar en calor. A su alrededor en las gradas estaba sentada toda la peña: Bengan, Gunsan, Monica y Kjelle. Todos ellos bebidos en mayor o menor medida. El desfile acababa de comenzar. Los briosos trotones fueron apareciendo uno tras otro resoplando, mientras la música salía con gran estrépito de los altavoces. Los *jockeys* iban sentados con las piernas abiertas y bien apoyadas en sus ligeros *sulkys*.

En las pistas, el panel de apuestas, hasta entonces en negro, se puso en funcionamiento.

Henry hojeó el programa: *Ginger Star* corría en la carrera número siete y él pensaba apostar por ella. Parecía que no inspiraba confianza a nadie más, sólo tenía tres años. Había seguido a esa potra durante las competiciones estivales y, aunque tenía cierta tendencia a caer en el galope, iba cada vez mejor.

—Oye, *Flash*, ¿ves a *Pita Queen*?, ¿no te parece que es muy guapa? —farfulló Bengan alargando la mano hacia la petaca.

A Henry lo apodaban *el Flash* porque había trabajado durante muchos años de fotógrafo para los periódicos locales de Gotland, antes de que la bebida se adueñara totalmente de su vida.

—No te lo crees ni tú. Con ese preparador... —le contestó levantándose para ir a realizar sus apuestas.

Las taquillas de apuestas estaban en hilera, una tras otra, con las ventanillas de madera levantadas. La gente sacaba alegremente la cartera, los billetes cambiaban de manos y cada uno se guardaba sus boletos. Un piso más arriba se encontraba el restaurante, en el que la clientela fija comía bistecs y bebía cerveza fuerte. Los jugadores veteranos daban chupadas a sus puros mientras discutían la fuerza de tiro de los caballos y los métodos de los *jockeys*.

La carrera estaba a punto de empezar. Siguiendo el reglamento, el primer *jockey* saludó a los jueces con una ligera inclinación de cabeza hacia la torre donde éstos estaban. El comisario de la carrera dio la salida.

Henry había rellenado una quiniela para cinco carreras, una *V5*, y después de la cuarta tenía cuatro aciertos en su *V5*. Si lo acompañaba la suerte podía conseguir un pleno en sus apuestas. Como, además, en la última carrera había apostado por *Ginger Star*, una potra por la que no se arriesgaba mucha gente, el premio debería ser importante. Si el animal daba la talla.

Dieron la salida y Henry siguió el carruaje por la pista tan concentrado como pudo, después de haberse bebido ocho cervezas e incontables tragos fuertes. Cuando anunciaron la última vuelta, se le aceleró el pulso. *Ginger Star* iba bien, increíblemente bien. Con cada paso que daba acercándose a las dos favoritas que iban en cabeza, sus contornos se le aparecían con más nitidez: el cuello fuerte, la nariz resoplando, las orejas tiesas apuntando hacia delante. Aquella yegua podía conseguirlo.

«Nada de galopar ahora, nada de galopar», Henry repetía para sí mismo aquella súplica como si fuera un mantra. Tenía los ojos clavados en la potra, que se acercaba a la cabeza de la carrera con una energía increíble. Ya había pasado a una de sus

rivales. De repente, reparó en el peso de la cámara que llevaba colgada del cuello y recordó que había pensado sacar fotografías. Tomó unas cuantas, con la mano medianamente firme.

La arena roja de las pistas salía despedida de los cascos, que avanzaban a una velocidad de vértigo. Los *jockeys* golpeaban con la fusta a los caballos y el entusiasmo cundió entre el público. En las gradas muchos se pusieron en pie, algunos aplaudían, otros gritaban.

Ginger Star avanzaba por fuera y ahora estaba a la altura del caballo que iba en cabeza. Entonces el *jockey* utilizó el látigo por primera vez. Dahlström se puso en pie, mientras seguía la carrera a través del frío ojo de la cámara.

Cuando *Ginger Star* cruzó la meta con el hocico por delante de la gran favorita se escuchó un murmullo de decepción entre el público. Henry captó algún comentario suelto: «¡Qué mierda!», «¡No es posible!», «¡Increíble!», «¡Qué putada!».

Él se hundió en el asiento.

Había acertado una quiniela V5.

Sólo se oía el roce del cepillo contra el suelo de la cuadra y el ruido de las mandíbulas de los caballos mientras masticaban su porción de avena de la noche. Se había restablecido la calma después de aquel ajetreado día de competición. Fanny Jansson barría con pasadas cortas, rítmicas. Le dolía el cuerpo después de todo el trabajo y, cuando terminó, se dejó caer en el cajón de forraje que había junto al box de *Regina*. El animal la miraba. Introdujo la mano entre los barrotes y le acarició la testuz.

La chica, delgada y de tez morena, se había quedado sola en las caballerizas. Había renunciado a acompañar a los demás, que se habían ido a cenar a un restaurante de la zona, para celebrar el final de la temporada. Fanny podía imaginarse el jaleo que habría allí; peor que normalmente. Había ido algunas veces y aquello no le gustaba nada. Los propietarios de los caballos bebían demasiado e intentaban hacer bromas con ella. La llamaban «princesa», la cogían de la cintura y le pellizcaban el trasero a traición.

Algunos se volvían más atrevidos cuanto más bebían. Hacían comentarios acerca de su físico, tanto con la mirada como de viva voz. Eran un hatajo de viejos asquerosos.

Estaba bostezando y tampoco tenía ganas de coger la bicicleta e irse a casa. Aún no. Su madre hoy libraba y la probabilidad de que estuviera borracha era muy grande. Si estaba sola, estaría sentada en el sofá con la boca torcida en una mueca de insatisfacción y la botella de vino delante. Y, como de costumbre, Fanny sentiría remordimientos por haber pasado el día con los caballos en vez de con ella. Su madre no comprendía que era un día de competición y que había muchas cosas que hacer. Tampoco entendía que Fanny necesitara alejarse. Las cuerdas eran su cuerda de salvación. Si no tuviera los caballos, ya habría sucumbido.

La inquietud se apoderó de ella cuando se imaginó un escenario aún peor: que su madre quizá no estuviera sola. Si estaba allí su «novio» Jack, estarían aún más bebidos y a ella le costaría conciliar el sueño.

A la mañana siguiente tenía que madrugar para ir a la escuela y necesitaba dormir para poder sobrellevarlo. Octavo estaba siendo un suplicio del que ansiaba librarse cuanto antes. Fanny trató de esforzarse al comenzar el curso, pero iba cada vez peor. Le costaba concentrarse y había empezado a faltar bastante a clase. No se sentía con fuerzas, sencillamente.

Ya tenía más que suficiente con la carga que llevaba a sus espaldas.

Lunes 12 de noviembre

Se le había formado una pompa de saliva en la comisura de los labios. Cada vez que respiraba, ésta se iba haciendo más grande, hasta que explotó y se le fue resbalando por la barbilla hasta acabar en la almohada.

Había claridad en la habitación. Las persianas estaban subidas y las marcas de suciedad de los cristales de la ventana se veían perfectamente. En el alféizar había un solitario tiesto con una violeta africana marchita desde hacía bastante tiempo.

Henry Dahlström fue recuperando lentamente la conciencia ante los insistentes timbrazos del teléfono, que rompían el espeso silencio del piso, resonando entre las paredes de aquel deslucido apartamento de dos habitaciones y cocina, hasta sacarlo por fin del sueño. En su interior fueron aflorando algunos pensamientos sueltos que lo devolvieron inexorablemente a la realidad. Tenía una ligera sensación de felicidad, pero no lograba recordar a qué se debía.

El dolor de cabeza lo asaltó en cuanto sacó las piernas de la cama. Se incorporó despacio. Veía borroso el dibujo impreciso de la colcha. La sed lo obligó a levantarse y fue dando tumbos hasta la cocina. El suelo se movía. Se apoyó en el marco de la puerta y contempló el caos.

Los armarios de la cocina estaban abiertos de par en par y la encimera estaba abarrotada de vasos sucios y platos con restos de comida, y en la jarra de la cafetera eléctrica sólo quedaba café requemado. Alguien había dejado caer un plato al suelo. Pudo distinguir algo de arenques fritos y de puré de patatas entre los trozos de porcelana. La mesa estaba llena de latas de cerveza y de botellas vacías, además de un cenicero

repleto de colillas y un montón de boletos de apuestas de las carreras de caballos.

De repente, recordó a qué se debía esa ligera sensación de felicidad. Había acertado una quiniela V5, y fue el único acertante. El premio era de vértigo, al menos para él. Le habían pagado más de ochenta mil coronas en dinero contante y sonante, que fueron a parar directamente a su bolsillo. Nunca había tenido tanto dinero.

Al momento advirtió que no sabía lo que había hecho con el dinero. Sintió una punzada en el estómago ante el temor de que hubiera desaparecido. Semejante fortuna.

Angustiado, recorrió de arriba abajo las baldas medio vacías de los armarios de la cocina con la mirada inquieta. Debería haber tenido la suficiente prudencia como para guardarlo. A no ser que alguno de ellos... No, se negaba a creerlo. Aunque, tratándose de alcohol o de dinero, uno nunca podía estar seguro.

Desechó esa idea y trató de recordar lo que había hecho la noche anterior cuando llegaron a casa después de las carreras. ¿Dónde demonios...?

Ah, sí, claro, en el armario de la limpieza. Con las manos temblorosas consiguió sacar el paquete de bolsas de papel para la aspiradora. Cuando tocó el montón de billetes, respiró aliviado. Se sentó en el suelo con el envoltorio entre las manos, como si fuera un jarrón de porcelana de gran valor, al tiempo que en la cabeza se le agolpaban las ideas de lo que iba a hacer con ese dinero. Un viaje a Gran Canaria y tomar copas de esas con sombrillitas. Quizá invitar a Monica o a Bengan, ¿y por qué no a los dos?

Se acordó de su hija. La verdad es que debería mandarle algo. Su hija ya era mayor y vivía en Malmö. La relación entre ellos estaba rota desde hacía mucho tiempo.

Henry volvió a colocar el paquete en el armario y se levantó. Miles de estrellas bailaban ante sus ojos.

Lo acuciaba la necesidad de beber algo. Las latas de cerveza estaban vacías y lo mismo sucedía con las botellas de licor. Encendió una de las colillas más largas que encontró en el cenicero y soltó una maldición cuando se quemó el dedo.

Entonces descubrió una botella de vodka debajo de la mesa en la que aún quedaba un buen trago. Se lo echó al colete con ansiedad y el carrusel que le daba vueltas en la cabeza se calmó un poco. Salió a la terraza y aspiró el frío y húmedo aire de noviembre.

En el césped, mira por dónde, había una lata de cerveza sin abrir. Se la bebió de un trago y se sintió definitivamente mejor. En el frigorífico encontró un trozo de salchicha y una cazuela con restos resecaos de puré de patata.

Era lunes por la tarde. Eran más de las seis y el Systembolaget* estaba cerrado. Tenía que salir a buscar algo de beber.

Henry subió al autobús para ir hasta el centro. El conductor era un tipo simpático que le permitió viajar gratis, aunque ahora, sin duda, tenía dinero para pagar el billete. Cuando se bajó en Östercentrum, era el único pasajero. La lluvia flotaba en el aire, era de noche y la ciudad parecía bastante desierta. La mayoría de las tiendas ya estaban cerradas a esa hora.

En uno de los bancos que había junto al puesto de salchichas de Ali estaba sentado Bengan con ese tal Örjan recién llegado de la Península. Un tipo desagradable; pálido y con el pelo negro, peinado hacia atrás con gomina, y con una expresión penetrante en los ojos; los músculos de los brazos revelaban cómo había matado el tiempo en el trullo, del que hacía poco que lo habían soltado. Había cumplido condena por un delito de lesiones graves. Tenía los brazos y el pecho cubiertos de tatuajes y una parte del dibujo le sobresalía por debajo del mugriento cuello de la camisa. Henry se sentía cualquier cosa menos cómodo con él, y no contribuía a mejorar las cosas el hecho de que éste siempre llevara consigo a ese perro de pelea gruñón, blanco, con los ojos rojos y el hocico cuadrado. Feo como un demonio. Se jactaba de que había matado a un caniche en Östermalm, justo en el centro de Estocolmo. La dueña

* Únicos comercios con autorización estatal para la venta de bebidas alcohólicas en Suecia. (*N. de la T.*)

del perro, una pija de clase alta, se puso como loca y sacudió a Örjan con el paraguas antes de que llegara la policía y se hiciera cargo de ella. Él se había librado, con la advertencia de que le comprara al perro una correa más fuerte. Hasta la televisión se había hecho eco del incidente.

Cuando Henry se acercaba se oyó un gruñido sordo procedente de la garganta del perro, que estaba echado a los pies de Örjan. Bengan lo saludó haciendo una temblorosa señal con la mano. Se veía a la legua que su amigo estaba muy borracho.

—Hola, ¿qué tal? Enhorabuena otra vez, tronco, joder qué bien.

Miraba a su amigo con ojos turbios.

—Gracias.

Örjan sacó una botella de plástico cuyo contenido era transparente, imposible de identificar.

—¿Quieres?

—Sí, claro.

Aquella bebida tenía un olor penetrante. Después de darle varios largos tragos dejaron de temblarle las manos.

—Esto te ha sentado bien, ¿no?

Örjan hizo la pregunta sin sonreír.

—Ya lo creo —dijo Henry, sentándose en el banco al lado de los otros dos.

—¿Cómo va la cosa?

—Bueno, la cabeza arriba y los pies en el suelo.

Bengan se acercó más a Henry y le resopló en la oreja.

—Joder, oye, lo de la pasta —le silbó—. Vaya historia. ¿Qué vas a hacer?

—No sé.

Henry lanzó una rápida mirada hacia Örjan, que había encendido un cigarrillo. Estaba mirando hacia Östergravar, en la zona este de la muralla, y parecía que había dejado de escuchar.

—Ya hablaremos de eso —le dijo en voz baja—. Quiero que mantengas la boca cerrada sobre lo del dinero, no quiero que se entere nadie más. ¿Entendido?

—Claro, tranquilo —le prometió Bengan—. No faltaba más, colega.

Dio una palmadita en el hombro a Henry y se volvió hacia Örjan.

—Anda, pasa un trago —dijo agarrando la botella.

—Bebe más despacio, joder. *Piano*.

«Típico de Örjan —pensó Henry—. Siempre tiene que hacerse el interesante. ¿De qué piano habla?» El perro enseñaba los dientes.

Lo único que quería Henry ahora era comprar bebida y largarse de allí cuanto antes.

—¿Tenéis algo para vender?

Örjan empezó a rebuscar en un viejo bolso de piel de imitación. Sacó una botella de plástico con aguardiente de fabricación casera.

—Cincuenta coronas. Aunque puede que tengas dinero para soltar un poco más, ¿no?

—Pues no. Sólo tengo un billete de cincuenta.

Henry le dio el billete y echó mano a la botella. Örjan no la soltaba.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Y si no te creo? ¿Y si creo que tienes más, sólo que no tienes ganas de pagar más?

—¡Qué coño! ¡Corta el rollo!

Tiró de la botella levantándose al mismo tiempo. Örjan sonreía burlón.

—¿No aguantas una pequeña broma?

—Tengo que irme. Adiós, nos vemos.

Se dirigió hacia la parada del autobús sin volverse. Sentía los ojos de Örjan clavados en su espalda como alfileres.

Estaba cómodamente recostado en el único sillón que había en el cuarto de estar. De vuelta a casa había comprado en el kiosco un refresco de pomelo, Grape Tonic, y mezclándolo con el aguardiente había conseguido un cubata que sabía bastante bien. En la mesa delante de él estaba el vaso lleno, con sus tintineantes hielos. Henry observaba el ascua del cigarrillo en la semipenumbra del cuarto disfrutando de su soledad.

Que el piso estuviera sin limpiar tras la juerga de la noche anterior era algo que no le preocupaba.

Puso en el estéreo un viejo disco de Johnny Cash. La vecina protestó dando unos golpes en la pared, probablemente porque le molestaba la música en mitad de la telenovela sueca que echaban en la televisión. Ni se inmutó, detestaba todo lo que pudiera considerarse la vida normal de un ciudadano sueco corriente.

Incluso en la época en que aún estaba activo profesionalmente, evitó caer en la rutina. Como fotógrafo principal del *Gotlands Tidningar*, normalmente podía organizarse él mismo el horario. Y cuando, andando el tiempo, montó su propia empresa, hacía, claro está, lo que le daba la gana.

En algunos momentos de lucidez pensaba que esa libertad había sido el principio del fin. Eso había permitido que se diera a la bebida y que ésta, de forma lenta pero implacable, hubiera ido restándole tiempo al trabajo, a la familia, al ocio y que, al final, se hubiera antepuesto a todo lo demás; su matrimonio se rompió, los encargos desaparecieron y la relación con su hija se volvió cada vez más esporádica y, después de unos años, se interrumpió del todo. Al final acabó sin dinero y sin trabajo. Los únicos amigos que le quedaban eran sus compañeros de borrachera.

Lo sacó de sus cavilaciones un ruido procedente de la terraza. Se quedó parado a medio camino mientras se llevaba el vaso a la boca. ¿Sería alguno de los malditos chavales de la zona que se dedicaban a robar bicicletas para luego pintarlas y venderlas? Tenía la suya fuera sin el candado puesto. Ya habían intentado robársela antes.

Otro ruido. Miró el reloj. Las once menos cuarto. Alguien andaba por ahí fuera, no cabía duda.

Podía tratarse de algún animal, evidentemente, un gato quizá.

Abrió la puerta de la terraza y escudriñó la oscuridad. La exigua franja de césped que había en la esquina de la casa estaba iluminada por el frío resplandor de la farola. La bicicleta estaba apoyada contra la pared como siempre. Cerca del camino peatonal una sombra desapareció entre los árboles.

Probablemente sólo se trataba de alguien que había salido a dar una vuelta con el perro. Para mayor seguridad, cerró la puerta del patio con llave.

Esa interrupción lo irritó. Encendió la lámpara del techo y echó un vistazo por el piso con aversión. No se sentía con fuerzas para contemplar aquel desastre, así que metió los pies en las zapatillas y bajó al cuarto de revelado que tenía en el sótano, para comprobar cómo habían salido las fotografías que tomó en las carreras. Había sacado un carrito entero de *Ginger Star*, un par de ellas justo cuando cruzaba la línea de meta. Con la cabeza estirada hacia delante, las crines al viento y el hocico por delante de todas las demás. ¡Qué sensación!

El portero de la casa había sido muy amable y le había permitido utilizar un cuarto trastero que antes se empleaba para guardar las bicicletas. Henry lo había arreglado y había colocado allí el aparato para hacer las copias, las cubetas para los líquidos y un tendedero para secar las fotografías. La ventana del sótano estaba tapada con trozos de cartón negro para impedir que pasara la luz del sol.

La única fuente de luz que había era una bombilla roja en la pared. Bajo el débil reflejo de esta lamparilla podía trabajar sin dificultades. Le gustaba estar en el cuarto de revelado. Concentrarse en una cosa envuelto en un silencio y una oscuridad casi totales. Esa sensación de calma sólo la había experimentado antes en otra ocasión, durante su luna de miel en Israel. Un día Ann-Sofie y él salieron a bucear con esnórquel. Deslizarse bajo la superficie del mar, entre sus aguas silenciosas, fue como hallarse en otra dimensión. Tranquilos, donde el bullicio constante del exterior no podía alcanzarlos. Era la única vez que había practicado esa modalidad de buceo, pero aún conservaba nítido el recuerdo de aquella experiencia.

Llevaba trabajando un buen rato cuando lo interrumpieron unos golpes discretos en la puerta. Instintivamente se paró y aguzó el oído. ¿Quién podía ser? Ya debía de ser casi medianoche.

Volvieron a llamar, más despacio y durante más tiempo. Sacó del líquido fijador la fotografía con la que estaba trabajando y la

colgó para que se secara, mientras los pensamientos se agolpaban en su mente

¿Debería abrir la puerta? La prudencia le decía que lo mejor era no hacerlo. Que podía estar relacionado con el premio. Alguien que quería el dinero. La noticia de que había ganado en las carreras ya se habría propagado. El ruido al otro lado de la puerta escondía un peligro. La boca se le quedó seca. Aunque a lo mejor sólo era Bengan.

—¿Quién es? —gritó.

La pregunta quedó flotando en la oscuridad. No hubo respuesta, sólo un espeso silencio. Se dejó caer en el taburete, buscó a tientas la botella de aguardiente y dio unos tragos rápidos. Pasaron algunos minutos sin que ocurriera nada. Él permanecía sentado completamente quieto esperando, sin saber qué.

De repente empezaron a aporrear con fuerza la ventana del otro lado. Pegó un salto tan brusco que estuvo a punto de dejar caer la botella al suelo. Los últimos restos de la resaca desaparecieron y clavó los ojos en el trozo de cartón que cubría la ventana. Casi no se atrevía a respirar.

Entonces se repitieron. Fuertes, atronadores. Como si la persona que estaba ahí fuera no usara los nudillos sino algún objeto. El techo y las paredes amenazaban con venírsele encima. El miedo se apoderó de él. Ahí estaba, atrapado como una rata, mientras alguien en el exterior jugaba con él. La frente se le cubrió de sudor y se le revolvieron las tripas. Tenía que ir al servicio.

Los porrazos dieron paso a un rítmico golpeteo, una monótona sucesión de golpes contra la ventana. En el edificio nadie iba a oír sus gritos pidiendo ayuda. Un día de diario a medianoche. La persona o personas que estaban ahí fuera, ¿pensaban romper la ventana? De todos modos era imposible entrar por ella, era demasiado pequeña. La puerta estaba cerrada con llave, de eso estaba seguro.

De pronto se quedó todo en silencio. Tenía todos los músculos del cuerpo en tensión. Aguzó el oído tratando de captar algún ruido que no llegó.

Permaneció durante casi una hora paralizado en la misma posición, antes de que se atreviera a levantarse. El rápido

movimiento hizo que se sintiera algo mareado y que empezara a tambalearse. Veía estrellas blancas que centelleaban en medio de la oscuridad. Necesitaba ir al servicio, ya no podía aguantarse más. Las piernas lo sujetaban a duras penas.

Cuando abrió la puerta se dio cuenta inmediatamente de que había cometido un error.

Fanny se observó a sí misma en el espejo mientras se pasaba el peine por el cabello brillante. Tenía los ojos de color castaño oscuro, igual que su piel. Madre sueca y padre antillano. Mulata, sin los típicos rasgos africanos. Su nariz era pequeña y los labios, delgados. El cabello, negro como el azabache, le llegaba hasta la cintura. Algunos pensaban que era hindú o magrebí, creían que era de Marruecos o de Argelia.

Acababa de salir de la ducha, se había puesto las bragas y una camiseta grande. Bajo el chorro de agua se había frotado con unos cepillos de cerdas duras que había comprado en los grandes almacenes Åhléns. Le habían raspado el cuerpo y dejado la piel dolorida. Su madre le había preguntado para qué los quería.

—Para restregarme con ellos. Se queda una mucho más limpia. Es bueno para la piel —le respondió. Y le explicó que el olor de los caballos le impregnaba la piel. Que la ducha se había convertido en su mejor amiga.

Se puso de lado y contempló su delgado cuerpo de perfil. Tenía la espalda arqueada; si la ponía recta, el pecho salía hacia fuera y parecía aún más grande. Por eso iba siempre ligeramente encorvada. Se había desarrollado muy pronto. Le crecieron los pechos ya en cuarto. Al principio hizo cuanto pudo para ocultarlos. Los jerséis grandes y anchos ayudaban.

Lo peor era en la clase de gimnasia. A pesar de los sujetadores deportivos que le aplastaban los pechos, de todas formas se le notaban al saltar y al correr. Los cambios experimentados por su cuerpo le hacían sentirse mal. ¿Por qué se volvía una tan repugnante al hacerse mayor? El vello de las axilas se lo afeitaba en cuanto asomaba algún pelillo de más de un milímetro. Eso, por no hablar del pubis y de la sangre que llegaba cada mes y

le manchaba las bragas y las sábanas mientras dormía. Detestaba su cuerpo.

Además, el hecho de que tuviera la piel oscura tampoco contribuía precisamente a mejorar las cosas. Ella quería parecer como todas las demás. En su clase sólo había otros dos chicos negros. Pero ellos eran mellizos, así que se tenían el uno al otro. Dos chicos adoptados en Brasil, que eran los mejores futbolistas de la escuela. Eran populares porque se parecían a Roberto Carlos. Para ellos el color de su piel era una ventaja. Para ella no. No quería destacar.

Le gustaría tener amigos, estar con ellos y, sobre todo, tener una amiga de verdad. Alguien en quien confiar, con quien compartir todas sus preocupaciones. En la escuela ya nadie parecía reparar en ella. Fanny iba y volvía a casa sola. Al mismo tiempo, era consciente de que la culpa era suya. Cuando empezó la secundaria, algunos niños le habían preguntado si quería quedar después de clase. Siempre contestaba que no. No porque no quisiera, sino porque tenía que volver a casa para sacar a *Mancha* y ocuparse de todo lo demás que hubiera que hacer. Invitar a algún compañero a casa era impensable. El riesgo de que se encontrara el piso sucio y lleno de humo, las persianas bajadas y la mesa del desayuno aún sin recoger era demasiado grande. Una madre deprimida con el cigarrillo en la comisura de los labios y un vaso de vino en la mano. No, gracias, no quería exponerse a sí misma a eso ni tampoco a ninguno de sus compañeros. Menudos comentarios habría. Sería muy bochornoso, y lo último que necesitaba eran más problemas.

Por eso Fanny se quedó sola. Sus compañeros se cansaron de preguntarle y al final nadie se molestaba en hablar con ella. Era como si no existiera.